

## Palabras de la Cultura

Emilio LLEDÓ

1. Es difícil entender hoy lo que decimos cuando hablamos de cultura, sobre todo si pensamos, por ejemplo, en expresiones como “cultura de masas”. Parece que estamos aceptando opiniones y conocimientos que no sólo sostienen un cierto conformismo con la ignorancia, sino que, de paso, asumen la imposibilidad de salir de ella y que un aciago destino impera irremediabilmente sobre amplios sectores de la sociedad.

Para abordar tan compleja cuestión es preciso delimitar, como un elemental ejercicio escolar, el sentido de la palabra “cultura”. Y no tanto porque el divagar, tal vez, por esos campos semánticos nos trajese algún que otro fruto, sino porque uno de los supuestos peligros que acechan al concepto “cultura” y a lo que significa, es convertirlo en término anquilosado, que utilizamos en múltiples programas, proyectos, prácticas sociales, perdidos ya en los mil vericuetos de lo que llamamos sociedad de la información, de lo que llamamos “democracia”.

Es evidente que los escenarios en los que esa palabra se representa han cambiado aparentemente. Quiero decir, en apariencia, en las formas en que esa sociedad de nuestro tiempo se manifiesta, por muy variadas y múltiples que sean las bambalinas de tales escenarios. No parece ser una tesis muy arriesgada suponer que los impulsos elementales que mueven los ciclos culturales, y que determinan el suceder del tiempo histórico, estén condicionados a fuerzas y tensiones que apenas han variado con el cambio de los tiempos. Esa perspectiva no tiene tanto que ver con las marcadas diferencias de nuestro siglo: tecnología, comunicación, información etc., cuanto con las estructuras esenciales de los seres humanos que, en el fondo, son constantes, a pesar de la historia, de sus progresos o retrocesos. El agua, el aire, la luz siguen siendo imprescindibles como en el comienzo de la cultura, y nuestra naturaleza misma sigue necesitando el alimento que mantiene un cuerpo semejante al de hace miles de años.

Por ello resulta interesante, para ilustrar un poco la idea de cultura o los posibles “ideales culturales”, referirse los orígenes de esta palabra. Porque, entre otras cosas, la invención de la cultura ha sido obra de aquellos mamíferos que al establecer, con el lenguaje, los vínculos esenciales que los caracterizaban, iniciaron el proceso y el progreso verdadero de su humanización. La cultura no es sólo una necesidad de los seres humanos, sino que implica, al mismo tiempo, su creación más importante, su valor decisivo sin el que apenas tiene sentido el valor fundamental e imprescindible de la vida. Precisamente por ello hay que pensar de nuevo esas palabras que, como “cultura”, forjan el sentido y el destino de la existencia.

2. No hay, tal vez, un término que caracterice, tan radicalmente a la vida humana como la palabra “cultura”. Hay, por supuesto, una realidad, un concepto previo, base de todo el desarrollo intelectual: el lenguaje. Sin él no crece ni se desarrolla la cultura: El “animal que habla” pudo levantarse sobre su naturaleza, por ese “soplo semántico” que salía de su boca y que creaba “comunidad y entendimiento”. En esa manera de ver las cosas, de sentir las, de articularlas y comunicarlas consistió la “cultura”.

Esta palabra, al menos en la tradición latina que nos la ha entregado, significó “cultivo”, “trabajo”, “labor y beneficio de la tierra”. Se supone, pues, que una parte de ese espacio que rodea a los hombres es cultivable, puede darnos frutos que brotan de eso que llamamos “naturaleza”, que está ahí, con independencia de nuestra voluntad. Esa naturaleza que, en principio, se desarrolla por sí misma y desde sí misma, acepta y acoge nuestra intromisión haciéndose productiva y creadora; transformándose. En Cicerón se hablará, pues, de “cultura animi”.

El concepto de transformación había tenido antes, en Grecia, una original perspectiva que, a veces, ha sido olvidada. En los seres humanos la definitiva e imprescindible faena de maduración de esa forma peculiar de naturaleza, quiero decir del “animal que habla”, es el principio y origen de la cultura. La tierra que se fecunda y beneficia con el cultivo es, por excelencia, la naturaleza humana. Dejada al propio impulso de su desarrollo natural, antes de que llegase a convertirse en ese “animal significador”, la existencia de esa fuerza transformadora no alcanza otro nivel que el que señalan sus instintos, que acabarían por reducirlo a un territorio salvaje, donde la lucha por la vida, en un mundo de la escasez y la miseria, lo estrecharían en los límites de su pura animalidad. Igual que la *Physis*, la naturaleza requiere para ser productiva, esmero, cuidado y, por supuesto, siembra.

La naturaleza humana empezó siendo un campo que requería, en el estadio original y primero de su existencia, la siembra y las semillas adecuadas. De ahí, el genial invento de la *Paideía*, de la educación. *Paideía* era un sustantivo, relacionado con el verbo *paideuo*, “nutrir” y sobre todo “educar”, “enseñar”, “instruir”. Parece que la primera vez que lo encontramos, en la literatura griega; es en Esquilo: (“Los siete contra Tebas”, 18) “la tierra, nuestra madre y nodriza amadísima, que trata con benevolencia a los niños que gatean por el suelo asumiendo toda la carga de su crianza”. En el texto de Esquilo, se supone que esa naturaleza sustentadora ofrece, de por sí, el evidente y “natural” sustento. Pero en los seres humanos, el territorio de la siembra y del cultivo tiene una restricción esencial: la tierra nodriza es, sobre todo nuestro cuerpo, la naturaleza, la materia, la carne, el organismo que somos.

**3.** La radical transformación del animal en ser humano, recibió el impulso imprescindible, a lo largo del tiempo en el que se fue gestando, del lenguaje. Toda creación de cultura supuso la necesidad de comunicación. Comunicarse fue, pues, una sutil forma de aproximación, de afecto: un primer principio de socialización. Por supuesto, que esta aproximación entre los hombres parecía condicionada a la utilidad. La protección del individuo dentro del espacio colectivo de la tribu o la familia implicó el intercambio que remediaba la original indigencia de cada ser. Una indigencia sobre la que reflexiona Platón en un famoso texto de la *Republica* (II, 369b):

La ciudad nace por darse la circunstancia de que ninguno de nosotros es autárquico y se basta a sí mismo, sino que tiene necesidad de muchas cosas.

Esta indefensión individual requería, pues, una forma de solicitud hacia los demás y, al mismo tiempo, una exigencia. La consciencia de esa limitación, que caracteriza a los hombres, podía ser el principio de la urgente necesidad de *hablar* y de *sentir*. Un hablar que apuntaba, en principio, al mundo de las cosas, al mundo visto, y un sentir que, aglutinado en los afectos familiares, iba a ampliar su dominio con el descubrimiento de la amistad que

rompía los estrechos límites del clan o de la tribu para irrumpir, con el descubrimiento de la democracia, en el espacio inmenso del encuentro con los otros.

El *lenguaje* y el *sentimiento* de amistad son los fundamentos esenciales de la socialización, de la humanización. Es cierto que con el extraordinario desarrollo tecnológico que ha tenido lugar en estos últimos decenios las “condiciones de posibilidad” se presentan ante otras formas de realizaciones. Parece, sin embargo, que esos dos conceptos, en las distintas modulaciones y decorados del escenario tecnológico, siguen siendo el argumento que presta desarrollo y coherencia a la vida humana

4. De una manera muy abstracta se podría afirmar que éste es el primer escenario de la cultura. El primero y el imprescindible. Porque por mucho que hayan variado los espacios culturales, lo que se ha llamado escenarios de la cultura, las dos manifestaciones esenciales de la vida humana, el lenguaje y el sentimiento, siguen siendo los conceptos sustentadores de todo humanismo, y los imprescindibles personajes de ese escenario. Estos dos conceptos son las fuerzas que sostienen y homogenizan, en la especie humana, la posible variedad de desarrollo histórico. Son el argumento y el sentido. El lenguaje y la capacidad de sentir, de amistarse y amar, forman el entramado que, en múltiples variaciones fraguan la existencia y alumbran los territorios de su desarrollo y progreso.

Es cierto que las condiciones de posibilidad en el mundo de información, de su sobrebundancia y exceso y la posibilidad de “ver” el mundo que, por ejemplo, la televisión ofrece, por muy sesgado superficial y frío de esa visión, ha dado, digamos, trabajo a los ojos y han ensanchado, aparentemente, el campo de nuestra mirada.

La complejidad del mundo contemporáneo, el incesante fluir de mensajes, los poderes políticos y económicos, el progreso técnico y científico, y la maquinaria que mueve ese enorme tinglado son, efectivamente, una estructura muy distinta a la que sostenía el mundo hace no mucho tiempo. Tal vez esta complejidad y los engranajes que la constituyen estén hoy alimentados por un peculiar concepto de utilidad. La abundancia de bienes y la posibilidad de tenerlo todo con el dinero ha ofrecido un aspecto nuevo de la teoría del pragmatismo y la utilidad: el que absolutamente todo —o casi todo— sea evaluable económicamente; todo tiene un precio y todo puede traducirse en dinero. Bastaría prestar atención a los anuncios televisivos o radiofónicos para, de acuerdo con la llamada sociedad de consumo, comprobar ese inagotable universo, donde las cosas y hasta la sociedad misma y sus manifestaciones se convierten en mercancía. Ello ha establecido niveles nuevos entre lo útil, lo necesario, lo natural, lo antinatural. La cultura se desarrolla en un espacio en el que se han confundido estos conceptos y en el que la utilidad ha inventado un territorio que va desfigurando, lentamente, el mundo y sus moradores.

5. Ese concepto de utilidad tiene un ejemplo famoso en la risa de la muchacha tracia en la anécdota que cuenta Platón (174a):

Tales de Mileto, cuando estudiaba los astros, se cayó en un pozo, al mirar hacia arriba, y se dice que una despierta y divertida muchacha tracia, se burló de él, porque quería saber las cosas del cielo pero se olvidaba de los que tenía ante sus pies..

Si ya entonces se hace esta supuesta e inocente crítica a la vida intelectual, a las ideas, y no digamos al idealismo, desde el horizonte de la utilidad y la pragmática, en nues-

tro tiempo podría hacerse mucho más intensa, por el predominio, el imperio, de la utilidad. Pero sobre todo en el mundo de la información en el que vemos, aunque sea en la helada e incruenta superficie del televisor, las monstruosidades que arrastra la existencia, debidas en buena parte al imperialismo de la avaricia, de la injusticia del provecho económico, a la tergiversación y maldad de muchas informaciones, el pequeño agujero en el que tropezó Tales de Mileto, se convierte hoy en una profunda y tétrica sima donde consciente o inconscientemente nos hundimos. La risa de la muchacha tracia, adquiere en nuestros días una mueca dolorosa. Sobre todo por el “conocimiento”, por muy manipulado o tergiversado que pudiera estar, que los medios de comunicación nos ofrecen. Un conocimiento que podría ser una “apariencia”, un “fenómeno” sin sustancia que lo sostenga, pero no lo real mismo, la vida misma, y su verdadero rostro

Esta famosa anécdota tuvo una curiosa réplica en un texto de la *Política* de Aristóteles; “Cuentan, de Tales de Mileto, que como la gente le echaba en cara su pobreza por su dedicación a algo tan inútil e improductivo como la sabiduría, previó, gracias a sus conocimientos de astronomía, cuando aún era invierno, la cosecha que producirían los olivos, y como tenía un poco de dinero, se aseguró el arrendamiento de los molinos de aceite de Mileto y de Quíos..., ganando así mucho dinero y demostrando que es fácil para los filósofos enriquecerse si quieren, pero que no se afanan por ello” (I, 11, 1259a9 y ss.) La respuesta aristotélica se movía en el esquema de la utilidad que, sin embargo, quedaba en los límites de la improductividad de aquellos conocimientos que, aparentemente, no tienen inmediata validez. Pero en nuestra época el problema del saber y la cultura se plantea desde otros escenarios y desde una mayor efectividad en los supuestos beneficios para la vida.

Nadie podría negar los cambios reales de nuestro tiempo y las muchas facilidades para el desarrollo del vivir. Pero precisamente por ello, y por los evidentes males que está provocando ese desarrollo, es imprescindible una nueva reflexión sobre eso que hemos convertido en palabra usual y, con todo, cada vez más lejana: la cultura, como fuerza educadora, transformadora, alentadora, esperanzadora.

**6.** Mencionaré algunos de los términos en los que se desarrolló ese espacio humano, desde los supuestos en los que la descubrieron sus creadores, y que tienen que ver, esencialmente, con los nuevos escenarios de la cultura que parecen alumbrarse en nuestro tiempo.

El primero de estos términos es el concepto de *ser*, de *realidad*. La filosofía fue, como es sabido, el resultado de una mirada libre de mitología sobre la *naturaleza* (*Physis*). El *asombro* ante las manifestaciones de esa naturaleza y la búsqueda de su origen y dinamismo, hizo que los filósofos griegos comenzasen a trazar la perspectiva, el horizonte, desde donde entenderla. Porque ese asombro, esa extrañeza, era fruto de una experiencia (*empeiria*), de una mirada, digamos, racional ante el Cosmos y sus “fenómenos”. Las explicaciones míticas quedaban ya muy lejos, y ese asombro permitía establecer una distancia, un territorio de libertad, donde construir “teorías”, que interpretase la vida con otros elementos que la ira de Zeus.

El aire, el fuego, la humedad, fueron algunas de las propuestas para interpretar el poder de una realidad, ajena a la inmediata voluntad humana, que estaba ahí, ante nosotros, y que se desarrollaba sin que pudiéramos intervenir en su ser, en su estructura y movimiento, a no ser que la destruyéramos. La mirada sobre el mundo fue, pues, una mirada que

leía y teorizaba la visión de ese desarrollo. Por ello la *idea*, la *teoría* fueron palabras que surgieron desde la experiencia de esa *visión*. Y esa visión que “entendía” el sosegado descubrimiento del mundo y de sus cosas, necesitó decirse, articularse, en un discurso que mostrase su asombrosa racionalidad.

Parte de esa naturaleza era la *vida*, el *bíos*, una forma de movimiento y evolución más cercana que la que intuíamos en las estrellas. Pero esa vida, como existencia humana, próxima o identificada con la animalidad, se presentó también como una forma de organización que, sin embargo, necesitaba del impulso y colaboración del “animal que habla”. La *polis*, la ciudad fue, pues, una forma de “convivencia”, y significó la primera gran aportación para armonizar y organizar el vivir.

Desde el momento en que surge la *polis*, como estructura social en la que se mueven las vidas de los individuos, se descubre, casi al mismo tiempo, un elemento fundamental, el *demos*, la existencia humana fuera del privilegio del poder, del mito y de su mitológica aristocracia. El *demos* se constituye en poder, en “democracia”, en fuerza colectiva que se sustenta en dos importantes principios, la *isegoría* y la *isonomía*: el derecho a la palabra y la igualdad ante la ley. Esto dos términos fueron el comienzo de una revolución que, con todas las dificultades que a lo largo de los siglos la ha condicionado, da sentido a la existencia, la dignifica y la humaniza. Esa larga lucha hacia la igualdad y la justicia constituirá el fundamento de toda cultura, de todo progreso.

La posibilidad de establecer esa “fuerza del pueblo” encontró su aliento en el más extraordinario y decisivo descubrimiento de la especie humana: el *logos*, el lenguaje. El “aire semántico”, significativo, con que los hombres señalaron el mundo, dio un paso decisivo en su evolución no sólo al hacer posible la utilización de esa forma de comunicarse sino, sobre todo, al reflexionar sobre ella. Ya no era el Cosmos ni la referencia a las cosas aquello en lo que se fundaba el sentido de lo que decíamos. El lenguaje, las palabras mismas se convirtieron en objeto de reflexión. La ventaja de esa mirada sobre las palabras, implicó el derrumbamiento del dogmatismo, de la voz que había que acatar porque la emitía y la administraba una antidemocrática y violenta forma de poder. Frente al lenguaje del mito, de lo “siempre así”, la cultura griega descubrió lo “todavía no”, la duda, la reflexión, el mundo inabarcable de la *dóxa*, de las “opiniones de los mortales”.

La lucha contra el dogmatismo fue posible, a pesar de la maravillosa mitología, porque la religión mitológica no tuvo una casta sacerdotal, jerarquizada y dominadora de las consciencias, que impusiese una única lectura al multiforme y libre universo de los dioses y de sus luminosas encarnaciones. Ese supuesto desamparo permitió que las palabras rodasen por la vida y que el ágora donde se discutían problemas políticos y morales fuese convirtiéndose, lentamente, en un ágora individual, en el nacimiento de una consciencia educada para buscar, con la visión de las palabras, esa verdad que estiraba la mente hacia el futuro, con la seguridad que era el método, el camino y su libertad, lo que importaba.

Este ejercicio mental trajo consigo la apertura de un nuevo territorio al que llamaron *episthème*, algo parecido a lo que hoy se denomina ciencia. Con este sentido fue para los griegos una palabra relativamente moderna, y que aparece en Sófocles (*Filoctetes*, 1057; *Edipo Rey*, 1115), Tucídides (I, 121), en Platón (*Gorgias*, 511c *Republica*, V, 477b) y en Aristóteles (*Metafísica*, I, 981a; *Ética Nicomaquea*, VI, 1139b). Esta forma de entender e interpretar superaba ya las simples opiniones transmitidas sin fundamento. La *epi-*

*stheme* era un conocimiento fundado, y por el que había que esforzarse. Un saber, pues, que anclaba la experiencia y la realidad en una “teoría”, en una “visión”, en la que el lenguaje podía convencernos y orientarnos. La *epistheme* iba creando, así, una estructura firme que podía dar cuenta de nuestro saber, de lo que alcanzábamos al entender el mundo. Esta mirada nacida de la “experiencia” objetiva (*empeiría*) —otro término fundamental en el vocabulario de la cultura—, llegó a constituir, en el “interior” (*endothen*) de cada ser humano, una forma de saber que apuntaba a ese espacio de la intimidad, al “microcosmos” de la consciencia, que implicaba ya nuestra forma de relacionarnos con los otros, partiendo de la amistad que supiéramos descubrir en nosotros mismos.

A este concepto se llamó “sabiduría”, (*sophía*), un fondo de conocimientos que, surgidos, en un principio, también de la experiencia —un saber hacer cosas—, se transformó en un saber de la interioridad, en un universo íntimo en el que reposaba la manera de ser y sentir, desde la subjetividad. Un atisbo, pues, de lo que, en Aristóteles, empieza a verse como “consciencia”, como “yo sé que yo”:

Y si la vida, de por sí, es buena y agradable ( y así lo parece por el hecho de que todos la desean, y en grado sumo los buenos y dichosos, porque el modo de vida que ellos eligen es el más deseable y su existencia es la más dichosa); si el que se da cuenta de que ve, y el que oye de que oye, y el que anda de que anda, y en todas las otras actividades hay igualmente algo que percibe que estamos actuando, y se da cuenta cuando sentimos de que estamos sintiendo, y cuando pensamos de que estamos pensando, y percibir que sentimos y pensamos es percibir que somos (puesto que *ser* era percibir y pensar), y si el darse cuenta uno de que vivir es grato por sí mismo (porque la vida es buena por naturaleza y el darse cuenta de que uno tiene en sí un bien es agradable) así la vida es deseable, sobre todo, para los buenos (*Ética Nicomaquea*, IX, 9, 1170a25-1170b5).

Este saber de la intimidad, fue abriendo, poco a poco, el dominio de la “ética” (*ethos*), de la forma de sentir y querer a los demás desde el rincón de la amistad y en el espacio social de la justicia (*dike*). Para ello se necesitaba ese entrenamiento interior que ofrecía la educación (*Paideia*). Un entrenamiento condicionado por las palabras, por el “diálogo”, que fue una forma excelente de sentir el lenguaje como posibilidad de progreso, de crecimiento en el contraste con los otros y en la búsqueda solidaria de sentidos y significaciones.

En este ejercicio con el lenguaje, fue la sofística la que hizo una aportación decisiva. El diálogo entre los hombres, se constituyó en método, en camino, en análisis del sentido y resonancia de las palabras, en duda sobre lo que cada individuo quería decir cuando expresaba, con la voz, su pensamiento y sus sentimientos. Esta gimnasia interior, fruto de la reflexión sobre las palabras, planteó una serie de perspectivas que serían fundamento de la democracia y expresión de su libertad. Con la pregunta “qué es esto” o “qué quieres decir cuando dices esto” se rompía la imposición y el acatamiento de cualquier lenguaje dogmático. Nadie tenía, sin razón, la preeminencia del discurso, la verdad de lo dicho. Este elemental principio resonará a lo largo de los siglos y a él se enfrentarán fanatismos e inquisiciones. Someter las palabras, impedir que la duda las acompañe hasta que lleguemos a entenderlas desde el modesto territorio de nuestra corporeidad, de nuestro gozo y lucha por vivir, de las condiciones reales, humanas, fue como un muro de irracionalidad levantado

por los predicadores y fomentadores de la ignorancia, los promotores de la desertización mental.

El lenguaje analizado, dialogado, interpretado, abría perspectivas adecuadas para el desarrollo y el progreso democrático, que únicamente podían fomentarse con el gran invento que, junto a la democracia, hizo la cultura griega para evitar la demagogia: la educación. Con la revolución que supuso la sofística, y con el descubrimiento del lenguaje como tema de análisis y reflexión, la *paideia*, adquirió una perspectiva que consolidó ese enorme progreso cultural que hizo, efectivamente, de Grecia un “logro para siempre” como, en otro contexto, afirma Tucídides al comienzo de su *Historia*. Las preguntas sobre “que son, qué dicen, qué significan las palabras” y sobre todo esa libertad para no aceptarlas, si antes no se habían reflejado en el espejo del diálogo, dejó establecido un ideal cada día más necesario en nuestro tiempo. La inundación de imágenes, los múltiples canales, para que fluya la comunicación y sus informaciones que, sin duda, son un extraordinario progreso, tienen, sin educación, una influencia anestesiante sobre la sensibilidad y sobre la mente.

Las palabras que habían servido, contra la irracionalidad, el fanatismo y las inquisiciones, para ocultar el mundo y la vida, pueden ser hoy objeto no sólo de manipulación sino, sobre todo, de olvido. Un olvido que arrancaría la vida humana y la inteligencia, de ese paraíso que constituye el otro inmenso espacio de la cultura: los libros, el inagotable universo de la lectura y de las ideas. La educación en la reflexión de la lengua que somos constituye, tal vez, el remedio más eficaz y poderoso para mantener vivas las esencias del ser que somos, del ser que debemos ser.